

La mente naufragada. Reacción política y nostalgia moderna.

Mark Lilla

2017. Barcelona: Debate.

De Mark Lilla (Detroit, 1956), un historiador del pensamiento social, profesor en la Universidad de Columbia, recordamos sobre todo *El Dios que no nació*, de 2007, traducido en 2010 por DEBATE, la misma editorial que publicó *Pensadores Temerarios. Los intelectuales en la política*, en 2004. Ahora, en 2017, la misma editorial, publica *La Mente Naufragada. Reacción política y nostalgia moderna*. Un libro que reflexiona sobre el concepto de reacción, y que sigue una línea de investigación orientada a analizar a pensadores que apoyan (o excusan) las realidades de tiranías modernas como la Alemania nazi, la Unión Soviética, China y la república teocrática de Irán. Ello con la meta de arrojar luz sobre la atracción que sienten ciertos intelectuales por tiranos a los que, imaginan, traduciendo sus propias ideas a la realidad política. Atracción que va a dar forma a las imaginaciones de los pensadores políticos y de los movimientos ideológicos del siglo xx: la nostalgia política. Esta se posó como una nube en el pensamiento europeo después de la Revolución Francesa y nunca, concluye Lilla, se ha levantado por completo.

Nostalgia que además revela la continuidad de la dinámica fundamental de la teología política, de la que la

filosofía política moderna quería escapar. Concretamente del nexo divino entre Dios, hombre y mundo, del vínculo entre la cosmología, la teología y la política, y sustituirlo por una filosofía política centrada exclusivamente en la naturaleza y las necesidades humanas. Filosofía que constituyó un desafío a las teologías de tradición bíblica, un medio para escapar a la locura teológico-político, al reino de la oscuridad, de los partidarios de la teocracia, del patriarcado, del derecho divino de los reyes y las demás ideas derivadas, de las que se les responsabilizaba de siglos de violencia política y religiosa. Como afirma Michel Onfray (*Tratado de teología*, 2006), las cristalizaciones sociales exigen “trascendencia; orden, jerarquía —etimológicamente, el poder de lo sagrado...—. La política y la ciudad pueden funcionar con mayor facilidad cuando recurren al poder vengativo de los dioses, representados en la tierra, al parecer, por los dominantes que, de modo muy oportuno, llevan las riendas”.

El libro *El Dios que no nació* (2010) surge a causa del renacimiento de la teología política en Alemania, fomentada por pensadores protestantes (Barth, Rosenzweig,...) y judíos (Cohen, Troeltsch...), que aducían razones modernas para volver a la Biblia en busca de inspiración política. Se trata de pensadores que afirmaban que no podía existir una vida política decente sin la teología política; que no

es posible mantener la especulación teológica apartada del discurso político. Pensadores hostiles al pensamiento que había permitido que surgiera la democracia liberal; no pocos de ellos defendieron el nazismo y el comunismo. Eran reaccionarios que veían el futuro en términos teológico-políticos, “como un tiempo de redención que señalaría el final de una época oscura que había empezado con el nacimiento de la modernidad”. Lo más llamativo es que para estos pensadores la “era de la religión” no ha terminado, y lo que muestran es a la teología política como la forma primordial de pensamiento político (“en la actualidad sigue siendo una alternativa viva para muchos pueblos”). Esto significa que la creación y el mantenimiento, en la era moderna, de un orden político factible, separado de la religión es un experimento excepcional. De hecho, “tenemos pocas razones para esperar que otras civilizaciones sigan nuestro insólito camino”, lo que resulta ser una innovación, el liberalismo, relativamente reciente incluso en Occidente, y que propone diversos postulados sobre lo humano y lo divino.

En *Pensadores temerarios* (2004), Lilla se refiere a los oponentes de las ideas liberales, convencidos reaccionarios de que la era moderna era en realidad un error cósmico, de que el colapso del orden religioso medieval del mundo era la caída al abismo. Por esto, bajo esta perspectiva, estos pensadores

temerarios, seducidos por la tiranía, (Heidegger, Schmitt, Benjamin, Kojève, Foucault, Derrida...) describen las democracias liberales con tintes siniestros, como auténticas cunas de las tiranías, ya sea del capital, del imperialismo, del conformismo burgués. Pensadores que Lilla llama el “coro filotiránico”, fascinados del poder totalitario, de sus líderes carismáticos o sus mesiánicas ideologías, y obsesionados en la relación entre las ideas políticas y las teológicas, y en desenmascarar al liberalismo como el sistema que representa la ley del más fuerte. Un coro que desde su incompatibilidad manifiesta con los principios liberales, el llamar al orden liberal caduco y opresivo, ha justificado feroces dictaduras, y cuya lista es muy largo: Lenin y Stalin, Hitler y Mussolini, Mao y Ho, Castro y Trujillo, Amin y Bokassa, Sadam y Jomeini, Ceaucescu y Milosevic. Pensadores convencidos de que sus regímenes dictatoriales era liberadores y que sus crímenes y excesos eran nobles.

En *La mente naufragada* (2017), Lilla ofrece una serie de ejemplos y reflexiones en vez de un tratado sistemático sobre el concepto de “reacción”. Ello nos permite continuar analizando, en la actualidad, las mentes reaccionarias, afirmando qué desde el Brexit hasta el islamismo radical, pasando por figuras como Trump y Putin, el espíritu reaccionario se está convirtiendo en una formidable fuerza histórica. Su ubicuidad está en tanto que el reaccio-

nario político comprometido como el revolucionario comprometido, lo impulsan pasiones y creencias similares, y ambos desarrollan teorías igual de sofisticadas para explicar el curso de la historia y para iluminar el presente. En este sentido, creer que los revolucionarios “piensan y que los reaccionarios solo reaccionan no es más que un prejuicio. Sencillamente, no podemos entender la historia moderna si no entendemos cómo la nostalgia política reaccionaria ha contribuido a darle forma, ni podemos comprender el presente sin reconocer que, como exiliado confeso, el reaccionario, no menos que el revolucionario, puede a veces ver con más claridad que quienes se sienten cómodos con él. Nos debemos a nosotros mismos comprender sus esperanzas y miedos, sus creencias, sus convicciones, su ceguera y, sí, su perspectiva”.

En definitiva, el espíritu reaccionario desarrolla una teoría de la historia que condena todo lo que los demás consideran progreso humano, sin por ello ser considerados conservadores, ya que “son, a su manera, tan radicales como los revolucionarios, y tienen el mismo control firme sobre la imaginación histórica”. La profesión de fé del reaccionario en una historia predeterminada de decadencia, divide el tiempo en épocas que constituyen un registro de la desesperación humana en espera de un acontecimiento escatológico que nos lleve más allá del tiempo. Profesión de fé que desarrolla una visión

apocalíptica de la historia que “ve una corriente en el tiempo que se ensancha cada año que pasa, distanciándose de una época que era dorada, heroica o simplemente normal”. Su nostalgia en una Edad Dorada perdida convierte el presente, no el pasado, en “un país extranjero. Por esto el espíritu reaccionario se siente tan inclinado a soñar con un segundo acontecimiento que abra las puertas del paraíso. Su atención se centra en el horizonte que aguarda al Mesías, a la revolución, al líder, al fin del tiempo en sí”.

La mente naufragada está organizada en tres partes. En la primera se estudian tres pensadores de comienzos del siglo xx cuya obra está impregnada de nostalgia moderna: Franz Rosenzweig, Eric Voegelin y Leo Strauss. Pensadores que se apoyan en una intuición básica sobre la relación entre religión y política, y sobre cómo las transformaciones en esa relación explican los desastres de la historia moderna. Al respecto, Rosenzweig nos propone un nuevo pensamiento que dé la espalda a la historia para retomar la esencia trascendente y vital del judaísmo, en el sentido de que la batalla contra la historia es, para este autor, la batalla por la religión del siglo xx. En contra, Voegelin y Strauss idealizan una América perdida, desde perspectivas distintas, pero ambas terminaron a dar forma a la imaginación histórica de los intelectuales estadounidenses de derechas. Una imaginación en la que sobresale la

idea de que la moderna liberación de la política respecto de Dios no ha significado la liberación del hombre respecto del hombre. Más bien lo contrario, ya que la fantasía de crear un mundo sin religión, ha conducido a la creación de grotescas deidades laicas, por lo que sin presunciones de autoridad sobre la moralidad y la mortalidad, que la religión aporta, ninguna sociedad puede mantenerse unida.

En la segunda parte, se aborda el análisis de dos movimientos intelectuales contemporáneos cuya retórica también trafica con la nostalgia: el teoconservadurismo y los movimientos de la extrema izquierda universitaria. El teoconservadurismo constituye una tendencia destacada de la derecha estadounidense que une a católicos tradicionales, protestantes y judíos neoortodoxos que, a pesar de sus diferencias de doctrina, comparten una dura condena del declive y decadencia cultural de Estados Unidos, que atribuyen a movimientos reformistas en el seno de estas confesiones y lo que perciben como ataques laicos a la religión de manera más general. El movimiento universitario de izquierdas concibe la revolución como un acontecimiento político-religioso, y mira con nostalgia los movimientos revolucionarios del pasado, y tiene una fascinación por la teología política y su teórico político más destacado es Carl Schmitt.

En la tercera parte, se analizan los mortales atentados terroristas cometidos por yihadistas franceses en Pa-

rís en enero de 2015, en los que Lilla observa dos formas de reacción ante el suceso y sus consecuencias. Por un lado, la nostalgia por un pasado musulmán imaginario y glorioso, y por otro, la nostalgia de los intelectuales que han visto el suceso como una confirmación de sus ideas fatalistas sobre el declive de Francia y la incapacidad de Europa para afirmarse frente a un desafío civilizatorio. Estas dos formas de reacción evocan y recuerdan que “el poder de los mitos históricos para motivar la acción política no ha disminuido con el paso de los tiempos”, y que lo único que “queda es la sumisión a la fuerza ciega de la historia”. El acontecimiento de 2015, permite a Lilla concluir con una reflexión sobre el sempiterno poder psicológico de la nostalgia política, “comenzando por la tragicómica empresa de don Quijote por revivir la Edad Dorada”. Una edad que remite al modelo de “un universo de ficción atemporal y no-espacial”, y es que toda Teocracia aspira, “en el tiempo de una historia concreta y en la geografía de un espacio inmanente, a la reproducción según el modo tomado del arquetipo conceptual. Pues los planos de la ciudad de los hombres están archivados en la ciudad de Dios” (Michel Onfray, 2006).

Ignasi BRUNET ICART